

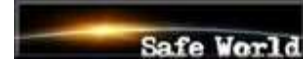
The background features a white space with three blue circles of varying sizes, each composed of concentric rings of different shades of blue. Two thin, light blue lines intersect at the top left, forming a large 'V' shape that frames the circles. The largest circle is at the top right, a medium one in the center, and another large one at the bottom right.

# Los pícaros en la España del siglo de oro

Omer Freixa

Estudio de la picaresca como fenómeno histórico  
y social de la España Moderna

**Red SAFE WORLD-Historia**  
**05/02/2012**



**Sección de Historia-Documento 242**

OBJETIVOS	
Enfoque histórico de la picaresca española	
Condicionantes sociales de la picaresca	

Índice

I.	Introducción .....	3
II.	Un poco de historiografía u orígenes del fenómeno picaresco.....	6
III.	Hacia una definición posible del pícaro y sus atributos característicos .....	13
IV.	El entorno del pícaro y sus actividades .....	26
V.	Picaresca y anomia .....	33
VI.	Conclusiones .....	40
	Bibliografía consultada .....	47

## *Los pícaros en la España del Siglo de Oro*

### ***I – Introducción***

El objetivo general de este ensayo de investigación es el estudio de la picaresca como fenómeno histórico y social en la España premoderna. Se sabe que el tema ha sido objeto de copiosos estudios a lo largo de la producción historiográfica y literaria y que, con el fin de acortar toda la amplia gama de posibilidades para encarar el asunto, personalmente he optado (condicionado desde ya por la bibliografía disponible) por circunscribir el área de estudio a las ciudades castellanas de Sevilla y Madrid (y hasta cierto punto también Valladolid) en un período específico que es la época del *Siglo de Oro*, los siglos XVI y XVII.

Para no dar lugar a equívocos, debo formular una advertencia al lector. Ante todo, la intención de este trabajo es construir un acercamiento al tema a partir de un enfoque histórico determinado, y no tanto literario. Es decir, si bien se harán algunas consideraciones respecto a la literatura picaresca, no obstante el análisis esbozado presentará un enfoque histórico y dará una visión de conjunto del pícaro en tanto actor social inscripto en un determinado período histórico y en un ambiente en particular, como ya se apuntó en el párrafo precedente.

En concordancia con el tema referido en el párrafo anterior, debo formular una nueva aclaración. La misma versa en que si bien gran parte del tema es encarado a partir del acercamiento a la literatura picaresca, ya que ésta ofrece una valiosa fuente, no obstante es fundamental tener bien presente un problema metodológico que deviene de utilizar este tipo de novelas como documento histórico fehaciente.

Este problema es planteado dentro de la bibliografía disponible por Antonio Domínguez Ortiz en un artículo de los **Cuadernos Hispanoamericanos**, en la edición homenaje a José Antonio Maravall. El primero llama la atención respecto a que los pícaros

“...han sido materia prima de la fabulación literaria, pero apenas hay sobre ellos investigaciones...”<sup>1</sup>, es decir, se habla de personajes literarios, no de hombres de carne y hueso. En definitiva, traigo a mención el problema de las fuentes, en primer lugar su carencia, no hay relatos autobiográficos porque generalmente el pícaro era un sujeto muy poco cultivado, ni testimonios históricos ni tampoco documentales. En segundo lugar este mismo autor detecta que muchas veces al pícaro se lo confunde con el delincuente y entonces no es fácil identificarlo dentro del conjunto de procesados por el Santo Oficio. Este dato es lo más saliente en cuanto a las fuentes oficiales disponibles, y a esto se suma lo antedicho, que son mal conocidas, complicando el panorama ya turbio de la claridad y presencia de los documentos, a pesar de la riqueza documental del género picaresco en España observada por Parker<sup>2</sup> –pero sin olvidar la crítica objetada al comienzo del párrafo–.

Entonces, dejado de lado el asunto de las fuentes, y una vez establecido lo más importante del tema, en primer lugar, y para abordar correctamente el tema, se hace evidente la necesidad de contar con una definición precisa sobre la picaresca para adelantar, por otro lado, lo que significa el concepto de pícaro en tanto actor social, desde una definición que transite de lo etimológico hasta los condicionantes sociales.

Antes de abordar el fenómeno en cuestión quisiera comentar cuáles serán los dos objetivos que guiarán el transcurso de esta exposición. El primero será demostrar cómo la lógica de actuación del pícaro se inscribe dentro de la categoría de “anomia” social en

---

<sup>1</sup> Domínguez Ortiz, A., *Picaresca y marginación social en la obra de Maravall*, en **Cuadernos Hispanoamericanos**, Salamanca, Marzo - Abril 1990, Nros. 477-478 (Homenaje a José Antonio Maravall), p. 316.

<sup>2</sup> Parker, A. A., **Los pícaros en la literatura. La novela picaresca en España y Europa (1599-1753)**, Editorial Gredos S.A., Biblioteca Románica Hispánica, II: Estudios y Ensayos, Madrid, 1971, Nº 164, p. 18.

tanto construcción sociológica, con el fin de entender la crítica que su mera presencia formula al interior de la sociedad. A continuación, sostendré que puede ser materia de discusión, vista desde la perspectiva del sujeto, si esta crítica era consciente, por lo que es más certero asegurar que obligadamente debe interpretarse de tal manera respecto al tratamiento que recibió desde el género.

Los autores de las obras picarescas denunciaban los males de una época e insistieron en la necesidad de buscar soluciones ante una situación en constante posibilidad de desequilibrio<sup>3</sup>. Este será un argumento fuerte en el resto de la exposición con la finalidad de demostrar la anomia. Casi no se duda respecto a sí la actitud picaresca es un comportamiento anómico, ahora bien, lo que podría estar en discusión es la afirmación sobre si tal accionar fuese deliberado, mientras que otros autores lo ven más como un accidente, un resultado no deseado ni previsto. Esto constituye el argumento de la segunda hipótesis.

Para José Antonio Maravall hay un rechazo deliberado del pícaro al trabajo y al rol que le confiere la sociedad tradicional, en este sentido actúa como un desviado, esta es la tesis fuerte de su principal obra **La literatura picaresca desde la historia social**. En contraste, la óptica de Bartolomé Bennassar en **La España del Siglo de Oro** es otra, a saber, residiría en el fracaso del sistema de caridad a nivel nacional que estaría empujando al individuo a convertirse en pícaro, es decir, no habría intencionalidad en su conducta, sino que actuaría más bien como resultado de un “accidente”. Entonces, mostrar esta discrepancia historiográfica es el segundo objetivo propuesto para este ensayo.

---

<sup>3</sup> Sánchez, F. J. y Spadaccini, N., *Maravall y el estudio de la picaresca*, en **Cuadernos Hispanoamericanos**, Salamanca, Marzo - Abril 1990, Nros. 477-478 (Homenaje a José Antonio Maravall), p. 331.

Por ende, la idea en este trabajo es dar ejemplos o todo tipo de dato disponible en la bibliografía que aporte indicios para describir al pícaro como un caso de individuo anómico. Recapitulando, mi tarea es dar credibilidad a dos hipótesis de trabajo, por un lado fundamentar y demostrar la anomia en el comportamiento picaresco, por otro, discutir la intención manifiesta o no de la conducta del pícaro. Es decir, si este personaje decide ser lo que es, o si el sistema lo empuja a convertirse en eso que no hubiera deseado ser. En definitiva, pretendo dejar establecido que esta tipología puede ser construida a partir de dos perspectivas disonantes, las que sostienen Bennassar y Maravall, aunque en ningún momento se trate de un debate historiográfico concreto entre ambos autores, sino más bien posiciones asumidas y detectadas mediante una lectura transversal que se efectuó al cruzar la bibliografía en general.

La presente monografía se estructura a través de apartados. En un primer espacio pasaré revista a las tesis interpretativas sobre el origen del fenómeno (una revisión historiográfica, si se quiere). Acto seguido me dedicaré a esbozar una posible definición para el pícaro a partir del análisis de sus atributos característicos, luego analizaré su entorno (que comprende la descripción de sus actividades típicas y algunas consideraciones sobre las ciudades seleccionadas). Una vez concluida la parte expositiva, en donde se irán asentando los datos sólidos en torno a las tesis a demostrar, finalmente dedicaré un capítulo a la anomia, analizando principalmente a Maravall, y, por último, comparando con el enfoque de Bennassar, arribaré a las conclusiones, en donde se harán algunas apreciaciones en torno a ciertos tópicos relacionados con la modernidad en España, la pobreza y la decadencia nacional.

## **II - Un poco de historiografía u orígenes del fenómeno picaresco**

El objetivo de este apartado es precisar los orígenes del pícaro en tanto actor histórico, aunque rever el origen de la literatura picaresca también arroje más claridad a la cuestión, en tanto las tesis de Américo Castro, por ejemplo, aportan varios datos importantes y son una excelente herramienta para comprender la realidad del período. Entonces, en esta sección serán trabajadas cinco tesis importantes, las cuales también

competen, aunque algunas de ellas con ciertas restricciones, al nacimiento de la literatura picaresca.

Ante todo, si no se conoce la situación española en los siglos XVI y XVII será bastante difícil apreciar cómo surgieron los pícaros, puesto que varias tesis interpretativas se ligan a las condiciones del momento, recalcando el papel de la pobreza.

En España, a finales del siglo XVI, las distancias sociales se habían extremado, los ricos eran cada vez más ricos, y los pobres se hacían más míseros y muchos más caían en ese estado, al respecto, los años comprendidos entre 1545 y 1550 fueron testigos de una crisis económica y social terrible, y no fueron los únicos desde ya. Se entiende dicha situación si se considera que en un país mayoritariamente rural, con cargas reales y feudales visiblemente opresivas, cualquier catástrofe natural suponía el abandono del campo y el éxodo a las ciudades<sup>4</sup>.

Tal situación no fue algo particular de este país, era una constante de la realidad europea de la época ya que si bien por mucho tiempo se sostuvo que las novelas picarescas retrataban una España en decadencia, esto debe ser matizado puesto que la proliferación de la delincuencia fue una constante a lo largo de toda Europa<sup>5</sup>. Es decir, la cuestión de la pobreza estaba a la orden del día, siendo una preocupación constante en los grupos dirigentes su tratamiento. Con el fin de ilustrar esa realidad tan poco ventajosa en 1507, por ejemplo, una crónica sostiene que dicho año “...se llama el de la gran peste,

---

<sup>4</sup> Hernández Alonso, C. y Sanz Alonso, B., **Germanía y sociedad en los siglos de oro. La cárcel de Sevilla**, Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, Universidad de Valladolid, Serie: Lingüística y Filología, 1999, Nº 38, p. 52.

<sup>5</sup> Parker, **Los pícaros...**, **Ob. Cit.**, p. 44.

*por la que fatigó a toda Castilla, de que también participaría Madrid, aunque no se halla memoria particular de ello.”*<sup>6</sup>.

Ahora bien, en un primer conjunto de aproximaciones, Manuel Fernández Álvarez llama la atención sobre la *pobreza* como factor explicativo del origen del pícaro. Al respecto señala que Maravall destaca por su trabajo en precisar los condicionantes sociales que determinan la aparición de lo anterior<sup>7</sup>. Entonces, como ya se dijo, el autor de **La literatura picaresca desde la historia social** establece a la pobreza como factor causal, pero no sólo ella como realidad sino también como aceptación ideológica en un orden bipolar que se reforzaba, el de ricos y pobres. Además esta dicotomía se acentuó en el siglo XVII, lo que refuerza lo antedicho. Sin embargo, Domínguez Ortiz advierte que Maravall podría estar refiriéndose en la citada obra a que no es tanto el crecimiento de la pobreza sino el *aumento en la percepción sobre las desigualdades sociales* lo que desencadenó la proliferación de pícaros y todos sus efectos colaterales<sup>8</sup>.

De todas formas, sobre Maravall, hasta aquí diré que observaba como la dicotomía pobres - ricos era vista como una amenaza para el tejido social que podría dar una excrecencia cancerígena en forma de pícaros, dentro del marco de una crisis de trabajo, factor interpretativo para este autor<sup>9</sup>, y que condicionaba el choque entre las aspiraciones de ascenso del pícaro y un sistema cerrado que se las negaba. En todo caso, para ampliar

---

<sup>6</sup> de León Pinelo, A., **Anales de Madrid (desde el año 447 al de 1658)**, Instituto de Estudios Madrileños (C.S.I.C.), Biblioteca de Estudios Madrileños XI, Madrid, 1971, pp. 66-67.

<sup>7</sup> Fernández Álvarez, M., *Maravall, historiador de Carlos V y la picaresca*, en **Cuadernos Hispano americanos**, Salamanca, Marzo - Abril 1990, Nros. 477-478 (Homenaje a José Antonio Maravall), p. 277.

<sup>8</sup> Domínguez Ortiz, *Picaresca y marginación social...*, en **Ob. Cit.**, p. 319.

<sup>9</sup> Sánchez/Spadaccini, *Maravall y el estudio...*, en **Ob. Cit.**, p. 319.



este punto, un examen más profundo de la cuestión será tema objeto de un apartado posterior, lo mismo que con Bennassar, debido a que este último autor también toma a la pobreza como eje principal.

Para ver el impacto de este último fenómeno en la época propongo a continuación la lectura de la siguiente fuente, la cual hace mención al invierno crudo que desató el hambre por toda España y, en consecuencia, se vio la ayuda a los numerosos pobres afectados por este panorama. Entonces, permítase hablar al cronista cuando dice que en 1536 *“Este invierno fue tan húmedo y lluvioso que ahogó los frutos y cosecha del año siguiente mil y quinientos y cincuenta y siete, causando general hambre en toda España. Nuestra ciudad (la cita habla de Segovia), populosa, y que con la fábrica de paños ocupa mucha gente pobre y desválida, padecía gran aprieto. El prelado...mandó que en su casa se diese cada día a cuantos llegasen una comida; y el día que menos llegaban pasaban de mil. Informado de las personas honradas y recogidas, ordenó que por medio de criados prudentes fuesen socorridas en sus casas. Llamó los curas y mayordomos de las iglesias de su obispado, y ajustando cuentas mandó que cesando fábricas y gastos posibles de escusar, se comprase trigo, y cocido en pan, se repartiese en cada pueblo a los pobres...Sucedió en todo el reino a tanta hambre gran mortandad, efecto natural del poco mantenimiento y malo.”*<sup>10</sup>

Una segunda línea de análisis se centra en torno al argumento de la “pureza racial”. Michel Cavillac ofrece un apartado de su obra **Pícaros y Mercaderes en el Guzmán de Alfarache** para tratar la *explicación “conversa”*, siendo una especificidad del discurso castellano este tópico, a su entender. En España era muy fuerte el mito cristiano viejo de la “pureza de sangre”, si se considera la expulsión del año 1492, por lo que había una identificación clara entre el burgués y el converso. De esta forma, el pobre tenía mucho en

---

<sup>10</sup> de Colmenares, D., **Historia de la insigne ciudad de Segovia y compendio de las historias de Castilla** (Nueva Edición anotada), Academia de Historia y Arte de San Quirce, Segovia, 1970, pp. 247-248.

común con la mentalidad del converso en lo referente a un sentimiento compartido de exclusión<sup>11</sup>.

En este terreno entra a jugar la tesis de Américo Castro, que apunta a la literatura picaresca. La identificación citada en el párrafo anterior es la que le permite inferir a este autor que “la novela picaresca fue género grato y conveniente para la casta hispano - judaica...”<sup>12</sup>. A pesar de que una vez más refiera datos sobre la literatura picaresca al decir que probablemente muchos de los autores del género proviniesen de familias conversas, sin embargo, Castro sostenía respecto al origen del pícaro como actor social una tesis distinta, que reposaba sobre la expresión del resentimiento social de la gente mísera contra las clases privilegiadas, siendo el pícaro un “antihéroe” que expresaba su punto de vista desde el rencor social. Ahora bien, Parker, en el año 1971, discutía dicha tesis ya que opinaba que era matizada por una hipótesis novedosa, la que se trata aquí, que presentaba el fenómeno picaresco como el producto de los judíos conversos en su lucha contra una sociedad que les cerraba todo acceso al progreso social, porque los miraba con desconfianza<sup>13</sup>.

En suma, esta segunda tesis propone descifrar los comportamientos picarescos a partir de los procesos de exclusión generados por la “pureza de sangre o racial”. Si bien Cavillac retoma este argumento en su exposición, el mismo es sometido a críticas, sugiriendo dicho autor que las razones deben ser buscadas en otro lado. En eso coincide con Maravall, ya que el autor de **Pícaros y Mercaderes en el Guzmán de Alfarache** centra

---

<sup>11</sup> Cavillac, M., **Pícaros y mercaderes en el Guzmán de Alfarache. Reformismo burgués y mentalidad aristocrática en la España del Siglo de Oro**, Universidad de Granada, 1984, p. 31.

<sup>12</sup> Cavillac, **Pícaros y mercaderes...**, **Ob. Cit.**, p. 33.

<sup>13</sup> Parker, **Los pícaros...**, **Ob. Cit.**, p. 49.

su atención en la separación de los vínculos tradicionales constatando que el pícaro se convertía en un sospechoso más, como el judío, aunque eso no debiera llevar a pensar una identificación entre ambos<sup>14</sup>. Es más, tal acercamiento en ambas conductas hace confundirlos y, en consecuencia, no se aprecia la conducta del pícaro *per se*, marginal por excelencia, para Cavillac. En suma, el error de Castro era conceptual, recreaba la realidad española como si se tratara de una sociedad de castas<sup>15</sup>. También el propio Maravall podría mantenerse escéptico frente a esta segunda tesis cuando sostiene que es muy escasa la presencia de elementos conversos en el mundo picaresco<sup>16</sup>.

La tercera tesis bien podría ser la que sugirió Castro acerca del *resentimiento social*. Ahora bien, sobre ella se deben formular ciertos reparos, básicamente por dos motivos. En primer lugar, es muy poco trabajada en los textos y, por otra parte, en mi búsqueda bibliográfica tampoco la pude abordar porque casi no fue mencionada en el material disponible. De todas formas, a pesar de dicha falencia, resulta interesante tenerla en cuenta.

En una cuarta tesis podrían ubicarse las *posiciones marxistas* sobre el tema. En su generalidad apuntan a ver cómo la “lucha de clases” se reforzó en respuesta a los privilegios de la sociedad tradicional y allí la aparición del pícaro como un actor más dentro de esa contienda, dentro del dudoso rótulo de “proletariado”, que incluía a disímiles grupos marginados respecto de las convenciones sociales. Ahora bien, la crítica

---

<sup>14</sup> Cavillac, **Pícaros y mercaderes...**, **Ob. Cit.**, p. 51.

<sup>15</sup> Sánchez/Spadaccini, *Maravall y el estudio...*, en **Ob. Cit.**, p. 326.

<sup>16</sup> Maravall, J. A., **La literatura picaresca desde la historial social (siglos XVI y XVII)**, Taurus Ediciones, Madrid, 1986, p. 537.

es obvia, no se puede hablar de sociedad de clases en esa época premoderna<sup>17</sup>. Por otra parte, una objeción más que se le puede plantear a este enfoque refiere al accionar como grupo, el cual según estos teóricos residiría en la conciencia de solidaridad entre sus miembros, dato que contradice la principal característica del pícaro, su insolidaridad y una suerte de “autismo” imperceptible en su conducta<sup>18</sup>.

Una quinta y última explicación que considero pertinente incluir es la que aporta el enfoque de Maurice Molho en relación a la *dialéctica honor - antihonor*. A este autor marxista lo considero apartado del conjunto anterior porque este tópico no fue considerado en esas mismas interpretaciones. Su tesis radica en que el origen del pensamiento picaresco se conecta con el antihonor, entendido este último como identificación con el dinero y las mercancías, en contraste con el honor de las clases privilegiadas, basado en valores tradicionales y nobiliarios<sup>19</sup>.

Una vez expuestas las tesis sobre el origen del pícaro (y hasta cierto punto el del género literario, por añadidura) se deben formular algunos comentarios a modo de síntesis. En primer lugar, es necesario mantener una explicación policausal, aunque sin perder de vista que la investigación demostró que algunas interpretaciones son poco fiables, como la explicación conversa, por ejemplo. En perspectiva la lectura de Maravall, por lo dicho hasta el momento, se postula como una visión completamente nueva y un análisis sociológico mejorado de la cuestión, ya que no descansa en premisas monocausales como la mayoría de las tesis expuestas. De todas formas, estas últimas deben ser revisadas al momento de confeccionar una síntesis histórica, dado que se

---

<sup>17</sup> Sánchez/Spadaccini, *Maravall y el estudio...*, en **Ob. Cit.**, p. 327.

<sup>18</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 499.

<sup>19</sup> Sánchez/Spadaccini, *Maravall y el estudio...*, en **Ob. Cit.**, p. 327.

pueden extraer algunos elementos valiosos de ellas. Por último, la lúcida interpretación y los resultados de la investigación de José Antonio Maravall merecen igual atención que las valiosas conclusiones de Bartolomé Bennassar. Como fue mencionado en la introducción, ambos serán objetos de un apartado en particular.

### III - Hacia una definición posible del “pícaro” y sus atributos característicos

En torno a la picaresca Alexander A. Parker en su trabajo **Los pícaros en la literatura...** opina que esa primera palabra “...es un término demasiado impreciso...”<sup>20</sup>, pero lo que merece ser destacado es que ante todo las novelas picarescas sentaron las bases para una literatura de crítica social, en donde al pícaro se lo ve como un producto de las condiciones sociales, y su actuación delictiva una forma de esta actitud crítica. De todas formas, conviene señalar lo básico, el derrotero histórico de la acepción etimológica de la palabra “pícaro”, empleada por primera vez en la propia novela del *Guzmán de Alfarache*, para acercarnos a una definición del pícaro ya no como palabra sino como sujeto histórico concreto.

Para cerrar este punto y como simple introducción, aunque no haya acuerdo entre los filólogos, de todas formas ya se puede perfilar lo que implica el término “pícaro” con tan sólo apreciar que en 1525 esta palabra aparece con el sentido de “pinche” y veinte años más tarde significa “de mala vida”. Al respecto, en 1726 el primer Diccionario de la Academia Española definía a este personaje como “bajo, ruin, doloso, falto de honra y vergüenza”. O sea, con esto se quiere dar a entender que los orígenes de los protagonistas de las novelas picarescas son casi siempre bajos<sup>21</sup>.

---

<sup>20</sup> Parker, **Los pícaros...**, **Ob. Cit.**, p. 16.

<sup>21</sup> Parker, **Los pícaros...**, **Ob. Cit.**, p. 39.

De todos modos, el comportamiento picaresco no afectaba solamente a sujetos de cuna baja, en Valladolid por ejemplo, se observaba que "...caracteriza también a ciertos miembros de estamentos privilegiados."<sup>22</sup>. Como un dato más, a los pícaros se los venía denominando de tal forma ya desde las décadas de 1580-1590 en la literatura costumbrista de la época<sup>23</sup>. En las crónicas diarias, en este caso una que data del año 1636, ya se los ve caracterizados de tal forma cuando un cronista refiere que *"Por los quemados que hubo en la semana pasada de parte de la villa, sacáronse en esta de la Côte cuatro a ahorcar y no á degollar, todos por capeadores famosos y ladrones, que no habían dexado calle en Madrid donde no hubiesen hecho de las suyas; y entre otras matando á un clérigo sacerdote, porque no quería soltar la capa, y al Duque de Híjar quitándole su capa, broquel y espada, aunque S.E. que se precia de valiente, corrido de lo que se ha dicho, lo niega fuertemente. El degollado era Don Jerónimo de Loaysa Triviño, caballero calificado, natural de Ciudad Real, de edad de diez y nueve años, saliendo adocenado con pícaros (la negrita es mía), si bien vestido de luto, además de haberse juntado con ellos, había acabado de matar al clérigo, y en su tierra había robado á una muger, y á su marido que venía en seguimiento de ella le había dado de cuchilladas. Toda la vida había sido bellaco y travieso y desobediente á sus padres y así vino a tener su pago merecido, sin que el Rey le haya querido perdonar por grandes delincuencias que se hicieron con S.M."*<sup>24</sup>. También esta cita ilustra lo expresado al comienzo de este párrafo, el

---

<sup>22</sup> Bennassar, B., **Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI**, Fundación Municipal de Cultura: Ayuntamiento de Valladolid, 1983, p. 507.

<sup>23</sup> Cavillac, M., *El Patio de Monipodio. La Sevilla marginal*, en **Sevilla. Siglo XVI. El corazón de las riquezas del mundo**, por Carlos Martínez Shaw (Ed.), Alianza Editorial, Madrid, 1993, p. 153.

<sup>24</sup> Rodríguez Vila, A., *La corte y monarquía de España en 1636/37*, en **Curiosidades de la historia de España**, Luis Navarro Editor, Madrid, 1986, Tomo II, pp. 77-78.

significado del término pícaro escapa a la fijación de los límites sociales. Triviño era un “caballero calificado”, sostiene esta crónica. Siendo la intención de este apartado describir al pícaro, esta fuente lo hace muy bien (a pesar de que mencione un delito de sangre, tema que luego será retomado).

Una vez dicho lo más saliente respecto al carácter etimológico del término implicado, paso a caracterizar al pícaro como sujeto histórico concreto. Es mi intención procurar construir un perfil de este individuo. En primer lugar, una vez más cito a Domínguez Ortiz quien dice que los pícaros componen “un grupo humano mal definido”, y eso se debe a la calidad de las fuentes, reitero lo que comentaba en la introducción, “una historia social basada exclusivamente en fuentes literarias tiene que resultar incompleta, parcial, amanerada y plena de tópicos.”<sup>25</sup>. Otro problema que surge en la identificación del pícaro es que la diversidad social en sus orígenes oscurece su estudio<sup>26</sup>.

No obstante lo mencionado, es fácil deslindar algunas características del pícaro. Ante todo, era un pobre, aunque ocasionalmente dejara de serlo, no obstante por esencia era vagabundo, casi siempre ágrafo y de un bajo nivel cultural, proviniendo en su mayoría de familias deshechas (como en la cita que describe a Loaysa Triviño), por lo tanto puede decirse que predominaba la gente joven dentro de este grupo. En adición, la fuente antedicha hace referencia a un sujeto de diecinueve años. Por lo general, el punto de partida del pícaro era una pobreza asfixiante que lo obligaba a moverse y, a partir de tal condición, su vida sería una constante aventura en la que se debiera rebuscar, luciendo su ingenio. Una nota típica de este personaje era su condición de urbano porque si bien se lo podía encontrar en el campo, siempre “la esfera de su función es el ámbito urbano”<sup>27</sup>,

---

<sup>25</sup> Domínguez Ortiz, *Picaresca y marginación social...*, en **Ob. Cit.**, p. 314.

<sup>26</sup> Bennassar, B., **La España del Siglo de Oro**, Crítica, Barcelona, 1983, p. 226.

<sup>27</sup> Maravall, **La literatura picaresca...**, **Ob. Cit.**, p. 699.

siendo este ambiente el que le otorgaba un espacio propicio para esconderse, en otras palabras, aparentar lo que no era y así entrar en el juego de una doble vida, tendencia que sólo podía desarrollar en la ciudad (foco de la economía de mercado), debido a la falta de controles y su anonimato<sup>28</sup>.

Si bien se generaliza diciendo que el pícaro provenía de un entorno humilde, podría inferirse que no poseía, por ende, conocimientos, pero esto debe desmentirse ya que de ninguna manera era un ignorante, por el contrario, tenía la astucia para ser “malignamente inteligente” y en ocasiones aparece en las novelas manteniendo con individuos de clase alta, mucho más cultivados, conversaciones convincentes<sup>29</sup>.

Principalmente, el pícaro no se veía asimismo como un trabajador y así buscaba incansablemente la forma de ascender socialmente eludiendo esa vía, aunque en ocasiones se viera obligado indefectiblemente a entrar en la servidumbre, al respecto Maravall aclara que “...si sirve, lo hace mal y a desgana.”<sup>30</sup>. Entonces, si el trabajo excluía la posibilidad de “medro”, en definitiva, para éste lo que importaba era la “estimación social visible”<sup>31</sup> y por tal motivo la riqueza era vista como inseparable del honor por él. Su modo de vida se fundamentaba a partir del honor. De todas formas en la literatura picaresca se observa un rechazo al último e incluso una burla hacia éste, supone

---

<sup>28</sup> Fernández Álvarez, *Maravall, historiador...*, en **Ob. Cit.**, p. 278.

<sup>29</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 402.

<sup>30</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 240.

<sup>31</sup> Sánchez/Spadaccini, *Maravall y el estudio...*, en **Ob. Cit.**, p. 324.



Bennassar, como producto del exclusivismo aristocrático que se acentuó a finales del siglo XVI<sup>32</sup>.

Entonces, una buena definición posible para el pícaro podría ser la de un individuo que rechazaba el trabajo y el servicio, optando por la anomia (o ausencia de normas), el vagabundeo y la libertad. Esta última cuestión obedece al interés de Maravall al presentar el tema, cuando hace hincapié en la “libertad desvinculada”, por lo que, siguiendo esta idea, intenta describir al pícaro como un caso de ese tipo surgido a partir de la conciencia individual moderna y liberada del tradicional organigrama mental feudal - cristiano<sup>33</sup>. Esta idea coincide con la apreciación de Parker cuando sostiene que en la actitud picaresca hay “...una tendencia a eludir o huir de las responsabilidades.”<sup>34</sup> con la intención presuntamente manifiesta del individuo. En este punto de la “libertad desvinculada” reside la originalidad del pensamiento de Maravall, pero la cuestión de la anomia, como anticipé en la introducción, será tratada con mayor profundidad en un apartado posterior.

El ya citado Parker sostiene que la palabra “delincuente” es el mejor equivalente moderno en lengua extranjera del pícaro<sup>35</sup>, por lo que ha sido bastante criticado, pero aclara este autor que en referencia a una “delincuencia menor” que excluye, salvo ocasiones excepcionales que constituyen, de existir, aspectos secundarios y accidentales de la trama literaria, a los delitos de sangre. Retomando lo que se expuso cuando apareció la cita del caballero Loaysa Triviño, si bien el pícaro no tenía ningún reparo en robar ni

---

<sup>32</sup> Bennassar, *La España...*, **Ob. Cit.**, p. 226.

<sup>33</sup> Sánchez/Spadaccini, *Maravall y el estudio...*, en **Ob. Cit.**, p. 329.

<sup>34</sup> Parker, *Los pícaros...*, **Ob. Cit.**, p. 48.

<sup>35</sup> Parker, *Los pícaros...*, **Ob. Cit.**, p. 18.

convertirse en rufián, sin embargo no era cruel ni sanguinario<sup>36</sup>. Era ante todo un desvergonzado, que caía en ruindades. Así, en algún sentido podría ser definido para este autor como un “delincuente menor”.

Una buena pregunta consiste en rever sí el pícaro era un marginado. Al respecto, Domínguez Ortiz nos dice que Maravall se resistía a rotular a este sujeto con tal apelativo, además de ser reciente el término en sí. Por otra parte, decir que es un marginado no aclara demasiado ya que está lejos de alcanzarse el consenso sobre su significado<sup>37</sup>. Otra autora que trabaja la categoría de *marginado* es Nilda Guglielmi, la que sostiene que ésta debe distinguirse a la del *marginal*. Si bien en las dos hay una separación del individuo del conjunto social, la diferencia entre ambas reside en que esa distancia que impone el sujeto es voluntaria o, citando a esta historiadora, “...el marginal es quien se pone o permanece voluntariamente en los márgenes de una sociedad porque no participa totalmente de su vida y sus valores.”<sup>38</sup>. Por último, distingue al *disidente*, es quien exterioriza su situación de no participación y desea modificar el grupo mayor, ofreciendo un nuevo modelo para ella.

Ahora bien, es conveniente precisar si el pícaro encajaba en alguna de estas tres categorías. En mi opinión el pícaro no podía ser definido como *disidente*, puesto que no exteriorizaba su situación de disconformidad, sino que se ubicaba en los intersticios de la

---

<sup>36</sup> Fernández Álvarez, *Maravall, historiador...*, en **Ob. Cit.**, p. 277.

<sup>37</sup> Domínguez Ortiz, *Picaresca y marginación social...*, en **Ob. Cit.**, p. 315.

<sup>38</sup> Guglielmi, N., *La apariencia de los “otros”*, en **Temas Medievales**, Departamento de Investigaciones Medievales, Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Sociales, CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), Buenos Aires, 2002-2003, Nº 11, p. 21.

sociedad, "...elige quedarse en las zonas fronterizas, cuasidelictivas, de la sociedad..."<sup>39</sup>. Entonces queda optar por una de las dos restantes categorías. Al respecto, no es tan simple el examen puesto que para delimitar si es marginal o marginado habría que ver si había una intención manifiesta de apartarse de la sociedad y colocarse en sus márgenes, y en este punto es donde encuentro la controversia entre las interpretaciones de Bennassar y Maravall, punto que dejo para el análisis más detallado en la sección correspondiente.

En definitiva, el análisis más elaborado y claro en torno a una aproximación a la posición social del pícaro es obviamente la explicación proveída por el último historiador citado. Él enunciaba, en sus comienzos como historiador social, una formula tripartita en la que distinguía a los *integrados*, los afectos al sistema establecido, luego a los *reformadores* que aceptaban el sistema pero no sin dejar de mostrar sus insuficiencias, y, por último, los *discrepantes activos*, los menos numerosos en cantidad pero más variados en cuanto a los caminos que seguían de desviación, desde los revolucionarios hasta los retraídos.

El pícaro bien puede ser ubicado en este último grupo debido a que éste "...no se preocupaba de la reforma de la sociedad; era demasiado cínico y demasiado despreocupado para eso..."<sup>40</sup>. Esta labor estaba destinada a los *integrados críticos*, a quienes Maravall identifica con los autores de la literatura picaresca, aquéllos que con su intento querían hacer ver el deterioro social que se estaba produciendo, alertar a las autoridades y, por ende, abrir el espacio al debate en pos de reformas para solucionar tal

---

<sup>39</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 242.

<sup>40</sup> Domínguez Ortiz, *Picaresca y marginación social...*, en **Ob. Cit.**, p. 315.

situación. Por último, precisamente la imagen que se hace del pícaro en la literatura del barroco es la de discrepante activo, señalan Francisco Sánchez y Nicholas Spadaccini<sup>41</sup>.

Sería poco aconsejable sostener, siguiendo las categorías trabajadas por Guglielmi, que el pícaro era un *disidente* ya que a mi juicio el mismo no expresaba su situación de no participación sino que hacía todo lo posible para no exteriorizarla manteniéndose en los intersticios del sistema. Dos elementos que contribuían a esa actitud son la conciencia creciente acerca de la hostilidad del ambiente y un sentido arraigado de la inferioridad en el pícaro. Por ejemplo, el caso de Pablos, protagonista de la novela de Quevedo *Buscón*, analizada por Parker en el trabajo citado, ilustra lo antedicho, ya que dicho personaje ante los miembros de las clases altas no puede ponerse en pie de igualdad por su condición miserable y, para peor, la hostilidad social no deja de acosarlo vaya a donde vaya. Es portador de una vergüenza originaria, y no resulta para nada anormal el hecho de que un muchacho tan tímido y obsesionado con el miedo a la sociedad adopte una actitud más débil que heroica. Se entiende que tienda a esconderse más que a confrontar, si se consideran los malos tratos que recibió. Entonces, por tales motivos se refugia en un mundo ideal y fantástico dentro del cual elimina cualquier factor que lo perjudique en la vida real<sup>42</sup>.

Ante todo, debe rechazarse tajantemente la visión del pícaro como un revolucionario debido a que este sujeto no quería destruir los bienes de la vida social, por el contrario, su afán de medro lo incitaba a apropiárselos. Si bien las clases altas podían temer la movilidad de los de abajo y, en especial, el ingenio del pícaro los tenía alertas, eso no lleva a afirmar que este individuo fuese un revolucionario<sup>43</sup>. En definitiva, el pícaro

---

<sup>41</sup> Sánchez/Spadaccini, *Maravall y el estudio...*, en **Ob. Cit.**, p. 314.

<sup>42</sup> Parker, **Los pícaros...**, **Ob. Cit.**, p. 111.

<sup>43</sup> Maravall, **La literatura picaresca...**, **Ob. Cit.**, p. 407.

nunca se lanzaría a un ataque directo y grave contra la sociedad, sino que se aprovecharía de ella, insertándose en sus intersticios y esperando desde allí, con el engaño o la suerte, tener un puesto aceptable.

En esto se diferencia del bandido, este último bien podría ser un retraído, no se escondía, sino que salía a desafiar a la sociedad. Lo diferencia del pícaro el hecho de tener voluntad de destrucción y aunque permaneciera en la sociedad, era un desviado respecto de sus normas, pero no de ésta, como lo era el primero. Si el pícaro cometía delitos de sangre desataría una reacción que conllevaría a su eliminación, ahora bien, este individuo se abstenía de ello porque necesitaba mantenerse dentro de los límites aceptados para poder permanecer en la ciudad<sup>44</sup>.

Por otra parte, cuando sostuve la opinión de que el pícaro no expresaba su situación de descontento, implícitamente estaría polemizando con Parker, puesto que para este autor este personaje era un marginal en el sentido moderno de la palabra porque heredó el ideal renacentista de un mundo libre y desligado de la pompa. Ahora bien, por ser visto como un fuera de la ley se lo representó en forma degenerada con un cinismo que le otorgó a su literatura un carácter negativo. Con esto se infiere una característica más, para Parker el pícaro con su accionar expresaba toda una “filosofía de la libertad” (que por otra parte la literatura del género alaba, y no sólo con estos marginados) ya que darse a la libertad picaresca suponía la elección de un modo de vida<sup>45</sup>. Por otra parte, los temas picarescos heredaron del Renacimiento el ideal de la vuelta a la naturaleza y el desprecio por las convenciones de un orden social complejo. En tanto al Renacimiento, sólo este párrafo será dicho debido a que profundizar su análisis en relación con el tema excedería ampliamente los objetivos de este trabajo.

---

<sup>44</sup> Maravall, **La literatura picaresca...**, **Ob. Cit.**, p. 493.

<sup>45</sup> Maravall, **La literatura picaresca...**, **Ob. Cit.**, p. 242.

Cuando formulé que el pícaro elegía quedarse en los intersticios de la sociedad, faltó agregar cómo lo hacía. Para ello contaba con herramientas indispensables, una de ellas era un código que, siendo empleado por estos desamparados, era funcional a sus intereses. La *germanía* fue un lenguaje críptico que servía para ocultarse de la justicia y oponerse por debajo al poder, además de reforzar los valores de conjunto de quienes la empleaban. En definitiva, esta jerga de grupos marginales puede ser vista como un testimonio oral de lo que compuso una “...caja de resonancia de una aguda crítica social.”<sup>46</sup>.

Otro elemento que sobresalía de la actitud del pícaro era su astucia, elemento que le permitió sobrevivir en su “escondite”. Su conducta era como un juego de ardides, en otras palabras, un arte que debía poner en práctica para desafiar a la sociedad en todo momento. Como ya se dijo era un pobre, pero que sin escrúpulos y con agresiva sutileza intentaba desempeñar su arte. En palabras de Maravall, el último obedece a una “industria” que constituía el resorte supremo en la que confiaba el pícaro. También se la define como una “maña”, en suma, el despliegue completo de malas artes para conseguir sus propósitos, sobre todo el latrocinio, que aumentó considerablemente en aquellas épocas. Lo significativo es el cambio que sufrió el término “industria” en la picaresca, de las artes lícitas o trabajo productivo pasó a significar todo lo contrario. Todo sea por engañar a sus semejantes con un único fin, conseguir dinero, el que destinaba para el consumo, rara vez a inversiones productivas<sup>47</sup>.

Entonces, una nota distintiva del pícaro era su tendencia a la ostentación, la manifestación positiva y principal de su actitud, señala Maravall<sup>48</sup>. A esta noción va ligada

---

<sup>46</sup> Hernández Alonso/Sanz Alonso, **Germanía y sociedad...**, Ob. Cit., p. 40.

<sup>47</sup> Maravall, **La literatura picaresca...**, Ob. Cit., p. 477.

<sup>48</sup> Maravall, **La literatura picaresca...**, Ob. Cit., p. 530.

la idea de que este sujeto demostraba la ostentación por medio de la ociosidad (avalada, por ejemplo, en el rechazo al trabajo manual, faceta en la que coincide con el noble). Este autor caracteriza a la ostentación como un modo de vida y una insana pretensión, ya que muestra agudos contrastes. Si, por un lado, se admiraba y se alababa el gasto del poderoso, por otra parte, surgió una condena hacia el pobre que trabajaba e intentó mejorar su vida.

El pícaro se despojaba de las riquezas en vez de invertir por su incesante anhelo de ostentación, le urgía aparentar y deslumbrar. Debía dar la imagen de que vive bien, haciendo creer a los demás que era parte de las clases privilegiadas, cuando siempre seguiría siendo un sujeto de bajo rango. Entonces, esta intención de figurar socialmente funcionaba como disparadora del gasto superfluo. La ostentación, por último, le servía como una herramienta para disimular su condición de pobre ya que “nadie se dejará engañar de un harapiento...”<sup>49</sup>.

Otro aspecto en la caracterización del perfil del pícaro era su distintivo como artífice de sí mismo y “usufructuario” de su vida personal. Este personaje buscaba hacerse dueño de sí y para eso tuvo el afán, al menos, de dominar su personal camino y alcanzar una instalación personal. Rechazó un molde que se le imponía y por eso pretendía hacerse a sí mismo, pero para esto debía jugárselo todo, ser dueño de sí mismo implica ciertos sacrificios. Entonces, operaba la decisión de hacerse dueños de sí mismos libremente y así su autorreflexión era el medio para su autodomínio. Todo esto se relaciona con una marca distintiva, la conciencia de la individualidad que apareció como novedad en el pícaro<sup>50</sup> y que se inscribía dentro del proceso de descomposición del *ordo* medieval. Esta cuestión fundamental será retomada en otro apartado.

---

<sup>49</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 541.

<sup>50</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 333.

La supuesta irreligiosidad del pícaro podía jugar en contra de un designio del período, el afán contrarreformista de una sociedad sumamente sacralizada. Al respecto una cita describe este atributo cuando el cronista refiere que “...gente como dicen sin ley y sin rey, malhabituados a juegos y juramentos, sin más prendas muchos de cristianos que la fe del santo bautismo, ygnorantes de la doctrina; no reconocen iglesia ni cura; misa las fiestas no la oyen sino obligados de los nuestros que van a buscarlos.”<sup>51</sup> . Sin duda esta fuente habla de los pícaros aunque sin nombrarlos directamente, cuando Domínguez Ortiz la toma, pero antes este autor advierte que en una sociedad tan religiosa habría que rever la presunta irreligiosidad de este sujeto puesto que los que se mostraban refractarios a la religión tenían sus propias creencias bien afincadas de todas formas<sup>52</sup> .

El último atributo característico del pícaro era, en última instancia, ser un frustrado. Maravall lo describe con la actitud del pobre sin arrimo ya que fracasado en sus aspiraciones debía consolarse con el beneficio de no tener nada. Aunque se creyese que era dueño del éxito y así tenía que ser visto por los demás, los resultados demostrarán lo contrario. Al respecto, no aceptaba verse en situaciones desfavorables, en general, no aceptaría que el fracaso fuese con él, pero tan sólo quizá al final lo reconociese, cuando su edad ya no le permitiera seguir<sup>53</sup>, y se viera en completa soledad, otra característica de este sujeto.

La literatura picaresca acompaña ese sentimiento triunfalista que se ve de manifiesto en el propósito del pícaro que era hundir a los demás sin ser hundido, ser un agresor frente a los demás, y para eso se consideraba un maestro en las artes del robo, el

---

<sup>51</sup> Cita del Padre Roa en Domínguez Ortiz, *Picaresca y marginación social...*, en **Ob. Cit.**, p. 321.

<sup>52</sup> Domínguez Ortiz, *Picaresca y marginación social...*, en **Ob. Cit.**, p. 317.

<sup>53</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 468.



engaño, la estafa, etc. Él era un maestro en aquellos rubros que la sociedad consideraba descalificados, por tal motivo era un desviado. Con esto anticipo nuevamente un dato que será analizado más tarde. Por último, cuando el pícaro presentía que el éxito de su empresa no sería posible y que las posibilidades de ascenso estaban agotadas, acudió a presentarse como un sujeto que sólo anhelaba verse libre. En este sentido Maravall opina que la libertad funciona como una compensación reivindicativa del fracaso para el pícaro porque, en última instancia, “...la libertad picaresca ya no es más que un hundimiento.”<sup>54</sup>.

Finalmente, con la crisis laboral de España, producto de una caridad avalada por la escatología católica que provocaba el aumento incesante del número de desocupados, es decir, la imposibilidad de convertir al mendigo en un trabajador asalariado, existían dos clases de mendigos, los “pobres legítimos” y los “fingidos” o pícaros. Entonces existía un conato de represión para esos parásitos profesionales que “...educados en la ociosidad o la mendicidad, no conocían ni querían imaginar otro estilo de vida.”, tal como define Cavillac a los pícaros<sup>55</sup>. Esa división entre pobres es constatada en la época por una fuente que implícitamente estaría reconociendo dicha división de pobreza cuando sostenía en el año 1636 que en Madrid “...se han registrado mil trescientos pobres legítimos y impedidos y consta ahora que los que van pidiendo limosna pasan de tres mil trescientos.”<sup>56</sup>, aunque este relato deje sin precisar cuántos eran los “fingidos”.

---

<sup>54</sup> Maravall, **La literatura picaresca...**, **Ob. Cit.**, p. 470.

<sup>55</sup> Cavillac, *El patio...*, en **Ob. Cit.**, p. 153.

<sup>56</sup> Rodríguez Vila, *La corte...*, en **Ob. Cit.**, p. 135.

#### IV - El entorno del pícaro y sus actividades

Maravall observó que el ambiente propicio para el accionar picaresco era el ámbito urbano ya que “la ‘libertad picaresca’ tenía su ley asegurada en el ámbito de la ciudad.”<sup>57</sup>. Ahora bien, es necesario contar con una breve descripción de las ciudades para entender el ámbito operativo del pícaro y cómo éste lo condicionaba. Para ello comenzaré por ilustrar la realidad sevillana durante los siglos escogidos en esta monografía porque es la que más retuvo mi atención y, por otra parte, dispongo de abundante bibliografía.

Un lugar común dentro de la bibliografía es caracterizar a la Sevilla de los siglos de oro como un espacio de marcados contrastes sociales. El poderoso crecimiento de la urbe a partir del siglo XVI hizo que se produjeran serios problemas en el proceso de asimilación ya que Sevilla era un imán que atraía a la población rural en busca de bienestar en las provincias más prósperas del Sur. A comienzos del siglo XVII, la ciudad era por entonces un hervidero de indeseables y proscritos que merodeaban al amparo del desgobierno reinante y un cronista, Porrás de la Cámara, en su *Memorial* aseguraba que “*Lo que más en Sevilla hay son forzantes, amancebados, testigos falsos, rufianes, asesinos, logreros y vagabundos que viven del milagro de Mahoma.*”<sup>58</sup>.

Entonces, opulencia y marginalidad eran las dos caras de la misma moneda. Además, llama la atención la suma impresionante de pobres, y sobre todo que de cada seis, cinco fueran fingidos. En fin, Sevilla era para todos la “Gran Babilonia de España” por sus matices y gran heterogeneidad, su amplia capa de mendigos y pícaros, así como otros personajes, tales como esclavos negros o blancos, su clase mercantil cosmopolita, toda clase de delincuentes y prostitutas. En una situación social tan deteriorada los castigos de prisión y de galeras eran cosa frecuente. Tan temido era el segundo que solía ser

---

<sup>57</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 762.

<sup>58</sup> Cita del *Memorial* del licenciado Porrás de la Cámara, en Cavillac, *El patio...*, en **Ob. Cit.**, p. 144.

frecuente ver a los condenados a este tormento “...fingirse potrosos, dándose con cierta yerua en las partes vergonzosas, con la qual se les hinchan y luego dan petición ante los alcaldes como son ynútiles para servir en galeras a causa de la dicha enfermedad, en lo qual mandan los alcaldes que los vean los médicos, los quales los veen y hallándolos de aquella manera dicen que es verdad y que no pueden servir en las galeras.”<sup>59</sup>. En fin, aquella situación calamitosa la reflejaba la cárcel de Sevilla ya que era considerada “la peor jaula del mundo”<sup>60</sup>. Predominaba un ambiente de matonismo y violencia extrema en el que eran muy frecuentes las peleas por cualquier motivo. Para un visitante del siglo XVIII eran inhabitables, entre otras cosas por su inseguridad.

Una buena aproximación al estudio de esta cárcel la provee la *Relación de la cárcel de Sevilla*, de Cristóbal de Chaves, en la que se ilustra la vida amarga de los presos y el mundo de confusión y desconcierto que reinaba allí. Entonces, en relación a ese mundo violento que predominaba en esta cárcel la fuente citada señala que “Quando a di auer alguna pendencia, son conosidos los de la ocación en que traen capas para cubrir los terciados, cuchillos o pastorcillos –que así se llaman los palos con punta–, y salen al desafío al patio, como si estuuiesen en la yglesia, a la huyda donde se levanta una polvareda de todo género de armas, jarros, caçuelas, de donde salen algunos heridos o muertos.”<sup>61</sup>

Así esta *Relación* narra cuantiosos episodios de esta naturaleza. A todo esto la justicia carcelaria era bastante expeditiva, el caso de un mercader preso llamado Villarreal

---

<sup>59</sup> *Relación de la Cárcel de Sevilla* en Hernández Alonso/Sanz Alonso, **Germanía y sociedad...**, **Ob. Cit.**, p. 315.

<sup>60</sup> Hernández Alonso/Sanz Alonso, **Germanía y sociedad...**, **Ob. Cit.**, p. 205.

<sup>61</sup> *Relación...*, en Hernández Alonso/Sanz Alonso, **Germanía y sociedad...**, **Ob. Cit.**, p. 240.

lo ilustra ya que éste murió de azotes y trabajo y de tal modo concluye Chaues que “...si todo se apurase, no creo avría nadie sin pena y castigo.”<sup>62</sup>. También las condiciones sanitarias eran deplorables, hecho que atestigua una vez más la fuente en cuestión cuando sostiene la presencia de habitaciones en donde el cronista estimaba que era seguro que “...haya trecientas o quatrocientas personas, de que resultan tantos enfermos por el poco sitio y peor olor de los aposentos.”<sup>63</sup>.

La descripción del mundo carcelario se relaciona bastante con otro tema que incluye a los pícaros. Cuando se formuló la división de los pobres entre los “válidos” y los fingidos, para completar el panorama del mundo de la picaresca habría que agregar a los hampones, un mundo poco homogéneo y bien ligado al del pícaro por ser su ambiente propicio la ciudad al igual que el de éste, por lo que me veo obligado a entrar en su retrato. Al respecto, el libro de Ruth Pike **Aristócratas y Comerciantes...** provee una buena caracterización del mundo del hampa, destacando del análisis el hecho de que reinaban el desorden y la confusión en Sevilla y que la justicia era blanda y corrompida por lo que favorecía la unión de funcionarios legales y criminales, trabajando conjuntamente<sup>64</sup>, además de haber solidaridad entre ellos, demostrando que las autoridades para nada eran inquebrantables. Por ejemplo, en la Cárcel de Sevilla “*Los porqueros que acompañan la justicia son de la misma manera, y a todos los que prenden, trayéndolos asidos, les dicen les den dies o doce reales y que los soltarán.*”<sup>65</sup>.

---

<sup>62</sup> *Relación...*, en Hernández Alonso/Sanz Alonso, **Germanía y sociedad...**, **Ob. Cit.**, p. 257.

<sup>63</sup> *Relación...*, en Hernández Alonso/Sanz Alonso, **Germanía y sociedad...**, **Ob. Cit.**, p. 267.

<sup>64</sup> Pike, R., **Aristócratas y comerciantes: La sociedad sevillana en el siglo XVI**, Editorial Ariel, Barcelona, 1978, p. 201.

<sup>65</sup> *Relación...*, en Hernández Alonso/Sanz Alonso, **Germanía y sociedad...**, **Ob. Cit.**, p. 282.

En general, un alto grado de delincuencia era característico en la ciudad por esas épocas. Este clima también se extendía a otras ciudades, en Madrid una queja se hace oír cuando el cronista Jerónimo de Barrionuevo registra que *“Los moros del retiro capean en el Prado todas las noches, y otra tropa de facinerosos que asisten en San Jerónimo, amparándose de su león, y en la plazuela de la Cebada y Rastro y Puerta de Toledo, paseándose con guitarras, al son de ellas desnudan los hombres. De esta suerte se vive en Madrid.”*<sup>66</sup> Una aclaración se debe formular, los criminales profesionales quedan excluidos de mi estudio porque perpetran aquellos crímenes que los pícaros no tendrían intención de cometer, como ya se dijo, pero sobre ellos, para completar la nefasta descripción de Sevilla, Pike comenta que eran más numerosos que en cualquier otra ciudad en el período. De todas formas, la mayoría de los criminales eran ladrones en esta urbe<sup>67</sup> pero tanto éstos como los rufianes tenían sus propias cofradías, siguiendo el ejemplo de los gremios de mercaderes con sus jerarquías, héroes, mártires y normas propias. En relación con las mancebas, esta autora destaca el hecho de que era bastante común que los rufianes vivieran del ingreso de ellas.

Entonces, las condiciones imperantes, varios elementos del panorama sevillano: la mala administración y la corrupción, sumadas a los contrastes –riquezas fabulosas, pobreza masiva–, el exceso de población y la inseguridad, permitían al hampa sobrevivir y prosperar y estas mismas condiciones eran las que hacían de la ciudad el entorno preferido para el accionar del pícaro. Con esto, introduzco sus actividades, pero antes detengo mi atención en el hecho de que debe apreciarse que la picaresca sevillana tenía

---

<sup>66</sup> Comunidad de Madrid – Consejería de Educación y Cultura – Secretaría Gral. Técnica, **Avisos del Madrid de los Austrias y otras noticias** (Jerónimo de Barrionuevo de Peralta), Clásicos Madrileños, Edición de José M<sup>a</sup> Díez Borque, Editorial Castalia, Madrid, 1996, Nº 11, p. 225.

<sup>67</sup> Pike, **Aristócratas y comerciantes...**, Ob. Cit., p. 204.

sus propias especializaciones: asesinos a sueldo, tramposos en el juego, falsos maridos furiosos y ladrones de toda estirpe<sup>68</sup>.

Bennassar identifica los gérmenes del contagio picaresco, es decir, las principales actividades del pícaro que a su entender como una gangrena corrumpían la sociedad entera<sup>69</sup> demostrando que no sólo Sevilla era un reducto de pícaros, este contagio se extendía a otras ciudades, por ejemplo, Valencia fue una capital del crimen durante todo el período. Incluso en Madrid, capital del reino y sede de la corte real, predominaba este ambiente delictivo, por ejemplo, un día del mes de mayo de 1623 *“...ahorcaron en esta Corte tres hombres, los dos muy muchachos, porque hurtaron la lámpara de la Yglesia del lugar de Villa Verde, una legua de esta Corte; y el otro era un platero de ochenta y un años, que hundía la plata y se la comprava a menos precio, y los encubría.”*<sup>70</sup>.

Volviendo a la cuestión del contagio, este autor enumera sus cuatro formas, paradigmáticas en la descripción del quehacer picaresco. Comienza por el desenfado respecto a la ley, la que no era siquiera respetada por los encargados de hacerla cumplir, porque abusaban frecuentemente de ella. Otro medio de este contagio era el “veneno del juego” que se expandía bajo la forma de la tentación de hacer trampas recurriendo a todos los medios, y en especial destaca el jugar dinero, costumbre ampliamente difundida en la época. En especial, sobresale la afición a los naipes, juego en el que el objeto era

---

<sup>68</sup> Bennassar, **La España...**, **Ob. Cit.**, p. 224.

<sup>69</sup> Bennassar, **Valladolid...**, **Ob. Cit.**, p. 502.

<sup>70</sup> Gascón de Torquemada, J., **Gaceta y nuevas de la corte de España desde el año 1600 en adelante**, Real Academia Matritense De Heráldica y Genealogía, Madrid, 1991 (selección de fuentes).

vencer al otro mostrando la superioridad del ingenio propio, a la vez que según Maravall era inherente a la descalificación social<sup>71</sup>.

El tercer elemento es el gusto por la falsificación, sobre todo lo más fácil para el pícaro, la posibilidad de fingirse enfermos y vivir de la mendicidad esperando mejor oportunidad, simulaciones muy numerosas las de este tipo. Luego existían otras tales como las usurpaciones, los falsos testimonios, etc. En último lugar Bennassar coloca la profusión de los delitos y, a propósito, describiendo a Valladolid, dice que esta ciudad era “poco segura”<sup>72</sup> ya que, por ejemplo, los pícaros ante la severidad de los castigos no cedían en sus conductas, inclusive si eran penados con la sentencia más temida, el envío a las galeras. Así las cosas, sostiene que el clima de inseguridad era tal que portar un arma era algo habitual y en **La España del Siglo de Oro** agrega que las ciudades capitales fueron centros elegidos del accionar de la picaresca<sup>73</sup>.

En cuanto a las usurpaciones, ardid muy frecuente dentro de la gama de variables del engaño del pícaro, por ejemplo en Madrid para el mes de noviembre de 1654 una vez más el cronista Barrionuevo nos dice que “...ha cobrado un ladrón mucha cantidad en diversos lugares, fingiéndose sobrino de Josef González, llevando carta suya, y todo tan natural, que nadie dijera no ser así...se descubrió y descabulló de entre las manos el tal ladrón, y habiendo en Guadalajara, Alcalá y Sigüenza, Cuenca y otros lugares cobrado más de 30.000 ducados.”<sup>74</sup>

---

<sup>71</sup> Maravall, **La literatura picaresca...**, **Ob. Cit.**, p. 514.

<sup>72</sup> Bennassar, **Valladolid...**, **Ob. Cit.**, p. 506.

<sup>73</sup> Bennassar, **La España...**, **Ob. Cit.**, p. 226.

<sup>74</sup> Comunidad de Madrid..., **Avisos...**, **Ob. Cit.**, p. 214.

Volviendo al hecho de jugar dinero, el mismo no hubiera sido posible si no hubiera sucedido lo que observa Maravall, una novedad social común a todos los estratos que consistía en el desenfrenado afán de riqueza en forma de dinero y este último entendido como dominio del mundo en torno, por lo que se lo empleaba instrumentalmente. Si bien para los autores del género literario el dinero era visto como un medio perturbador, un desarreglo social, para los pícaros éste era el medio de procurar su libertad y así se ridiculizaba el honor, siendo el propio dinero núcleo de éste. Es decir, es muy frecuente la alabanza de la moneda<sup>75</sup>, medio que era elogiado por su capacidad para trastocar el sistema tradicional, en sintonía con el camino “desviado” del pícaro.

Domínguez Ortiz, siguiendo desde ya al maestro Maravall (por ende un párrafo anterior de mi exposición), señala que el pícaro vivía inmerso en la atmósfera dineraria, por lo que conocía sobre técnicas bancarias e inversiones productivas, y al respecto las ponía en práctica cuando se le deparaba la ocasión. El aporte del primer autor mencionado reside en el hecho de relacionar la existencia de este tipo de actividades picarescas con un ambiente propicio para ellas como ha de ser la sociedad del momento en la que predominaba la economía de mercado y la libertad personal<sup>76</sup>.

Por último, hay un componente en la vida del pícaro que no ha recibido la atención que merece, Maravall se refiere a los estudios<sup>77</sup>, una de las vías de acceso a los niveles más altos de la estratificación social y que obedecía a la intención de mejorar la posición social. Sin embargo, este autor concluye que los pícaros siempre quedaban por debajo de esa pretensión, pudiendo solamente ser un instrumento para animar la vida picaresca, por

---

<sup>75</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 123.

<sup>76</sup> Domínguez Ortiz, *Picaresca y marginación social...*, en **Ob. Cit.**, p. 319.

<sup>77</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 396.



ejemplo, aprender a sumar y restar. La pretensión, otra vez aparece el tema del dinero, era alcanzar una profesión que garantizara ingresos pecuniarios. Es decir, se ligaba mucho a la movilidad el tema de los estudios y por tal motivo naturalmente éstos no eran tan valorados en los sectores tradicionales inmovilistas. En definitiva, coincidente con el dinero, el estudio también tendía a afectar la tradicional estratificación social, y el pícaro era muy consciente de eso, por lo que intentó aprovechar ambas vías de ascenso.

De todas formas estudiar y ser un profesional no liberaba a la persona de los ardidés picarescos, así una crónica de Madrid en 1657 nos relata que *“Un licenciado pedante, que daba lecciones a mujeres, sonsacó la de un carbonero que estaba ausente en su fábrica, y se fue con él, siendo vieja de más de sesenta años, llevándole más de 6.000 ducados a 8.000 ducados en oro y plata...Vino el marido; hallólo todo desmantelado...Ella, que no debía estar muy lejos, se ha ocultado de suerte que parece que se la ha tragado la tierra, que como tiene dinero, en todas partes le harán lugar...”*.<sup>78</sup>. Incluso las universidades tampoco estaban despojadas de episodios violentos, como los que ya fueron narrados, y por eso no ha de sorprender que el 27 de octubre de 1617 un cronista informara que *“...hubo una guerrilla en Salamanca sobre una cátedra de Medicina, en la que murieron seis estudiantes y hubo veinte y un heridos.”*<sup>79</sup>.

## V - Picaresca y anomia

La desviación del pícaro que observa Maravall en su obra magistral **La literatura picaresca desde la historia social** no es un simple apartamiento de la persona, al contrario, es un distanciamiento consciente y reflexivo respecto de la vinculación que exige el grupo social a cada sujeto y una respuesta deliberada en tanto a una posición

---

<sup>78</sup> Comunidad de Madrid..., **Avisos...**, **Ob. Cit.**, p. 225.

<sup>79</sup> Gascón de Torquemada, **Gaceta y nuevas...**, **Ob. Cit.**

social determinada. En otras palabras, el pícaro es un caso de anomia manifiesto<sup>80</sup>. Como evidencia literaria, en la investigación que hace Parker sobre el *Buscón* de Quevedo, se constata que el personaje principal, el pícaro Pablos, comete actos antisociales deliberadamente en rechazo a la sociedad que le cerró sus puertas mucho antes<sup>81</sup>. Pero reitero, esto es sólo literatura.

Siguiendo principalmente las enseñanzas de Emile Durkheim, Maravall entiende esta desviación como un producto social, resultado del peso de la sociedad sobre el individuo y es por tal motivo que sostengo que la explicación de este autor es de corte sociológico, como ya se dijo oportunamente. Además, es la sociedad quien juzga el carácter desviado del sujeto y es por eso que el triunfalismo del pícaro, mencionado en el tercer apartado, funciona como una consecuencia psicológica para éste, derivada del propio estado anómico<sup>82</sup>.

Con todo, la descripción del pícaro esbozada páginas arriba no estaría completa sin ser explicada en profundidad la principal característica del comportamiento de este sujeto, su expresión anómica. Este personaje se rehusa a ser cooptado por un sistema cerrado y estático y así le da la espalda al rol que le tenía asignado la sociedad tradicional. En ese sentido opera como un desviado, ante la imposibilidad de acceder a los privilegios. Con esto se entiende cómo se produce su ruptura respecto de los lazos sociales tradicionales<sup>83</sup>.

---

<sup>80</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 499.

<sup>81</sup> Parker, *Los pícaros...*, **Ob. Cit.**, p. 116.

<sup>82</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 467.

<sup>83</sup> Sánchez/Spadiccini, *Maravall y el estudio...*, en **Ob. Cit.**, p. 324.

Maravall ofrece una serie de condicionantes para la aparición de la conducta desviada en el pícaro, que debe ser diferenciada de la de otros grupos marginales que pululan en la ciudad junto a éste. Para ser breves, en primer lugar la pobreza provoca diversos estados de desviación, y en el caso del pícaro también se requería de una sociedad que hubiera transitado un período de expansión, abriendo la posibilidad de la riqueza generalizada pero seguido por una etapa crítica (el siglo XVII) que limitase bastante dicha generalización. Esto es muy importante ya que en dicho siglo hubo un estrecho nexo entre el éxito pecuniario y los valores sociales. Ligado a lo anterior, por último, la conciencia sobre un cambio profundo y el consiguiente cierre de los grupos privilegiados ante esa amenaza, compone otro factor de peso en su interpretación<sup>84</sup>.

La desviación puede darse en cualquier estrato social bajo diversos modos pero tratándose de un desajuste en la relación individuo–medios–metas, es más comprensible que afecte sobre todo a miembros de los estratos sociales inferiores. Concluyendo lo anterior, lo que debe tenerse en cuenta es que no toda conducta desviada engendra al pícaro pero todo pícaro efectivamente es un desviado, según explica Maravall<sup>85</sup>.

En otra oportunidad se dijo que el pícaro luchaba por su libertad en referencia a su desvinculación. Ahora bien, dentro del contexto de una sociedad que lo excluía, obligadamente el pícaro convirtió dicha lucha en anomia<sup>86</sup> y para eso contaba con los recursos de la conducta desviada, que la reforzaban. Si bien muchos han sido expuestos anteriormente en esta monografía, centraré mi atención en aquéllos que permiten abonar el terreno propicio para adentrarme en las conclusiones.

---

<sup>84</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 413.

<sup>85</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 422.

<sup>86</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 329.

El primero a tratar es la pragmatización en la conducta del pícaro, muy ligada al fraude, por cierto. Este último se convierte en vía de lo primero para la conducta en la sociedad, y así el fraude surge por la anomia y éste a su vez la fomenta. En síntesis, estos “ardides” de los que se vale el pícaro para Maravall constituyen el peor ataque al orden social y, a la vez, la mejor expresión del proceso de individualización que se ve en este sujeto y que amenaza con disolver los lazos de la comunidad tradicional. El fraude para este autor es una forma imperfecta de la competencia que se vislumbrará una vez llegado el capitalismo “maduro”. Otro atributo de individualización se ve en el hecho de que Maravall permita sostener que el pícaro tenía un “conato de personalidad”, es decir, buscaba autonomía dentro y en contra de un sistema que lo obligaba a fijarse en determinada posición. El pícaro tenía el afán de conseguir su puesto, por iniciativa propia, para lo cual también rechazaría la fijación profesional<sup>87</sup>.

Otro recurso de la conducta desviada del pícaro es el afán de medro, un atributo más de su individualidad porque responde a lo señalado en el párrafo anterior, la negativa a ocupar un puesto determinado en el orden social impuesto. Por su parte, esa actitud hace que el pícaro sea visto como un factor con fuerza desintegradora. Dicha situación era visible en el teatro barroco, mientras que el gracioso (ejemplo de figura integrada) reía con los demás, el pícaro lo hacía desde la soledad más radical y su risa era transformada en un elemento desintegrador, siendo una respuesta al hostigamiento con el que la sociedad lo cercó. Es decir, los pícaros “...ríen...a costa de los demás.”<sup>88</sup>.

El último recurso de la conducta desviada que se analizará es el del robo. Ya se comentaron los alcances de éste dentro del tema, pero faltó agregar que el latrocinio, en tanto desviación, se mantiene dentro de los límites del proceder de la “industria”. Por

---

<sup>87</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 241.

<sup>88</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 240.

ende, el pícaro no sería un delincuente profesional, sólo podría serlo a título ocasional y en la medida que necesitase alcanzar determinados objetivos sociales, aunque esa circunstancia atravesara toda su vida. Entonces, discutiendo de alguna forma con Parker, para Maravall no es aconsejable hablar del pícaro como un delincuente. Este término, si bien no debe ser rechazado plenamente, sólo sirve a título circunstancial. Entonces, lo correcto es referirse a él sosteniendo que es un desviado<sup>89</sup>.

Hasta aquí el quid de la interpretación de José Antonio Maravall respecto al fenómeno picaresco. A continuación comentaré la explicación de Bartolomé Bennassar del mismo. Ante todo, la primera gran diferencia que surge del análisis entre ambos es que en este segundo autor no hay un enfoque estrictamente sociológico como en el primero y, en segundo término, el eje de la interpretación del autor de **La España del Siglo de Oro** para la picaresca tiene como punto de arranque y eje motriz a la pobreza en tanto que para Maravall la misma es un factor entre tantos otros en el origen del fenómeno tratado aquí. En especial, este último historiador advierte acerca del riesgo de considerar a la pobreza como eje aislado de la picaresca<sup>90</sup>.

El análisis de Bennassar versa sobre el tratamiento que recibió la pobreza a fines del siglo XVI, fenómeno en constante aumento y, ligado a él, la necesidad urgente de procurar mano de obra. En ese sentido, el año 1598 fue testigo de un debate que marcó un hito fundamental en el tratamiento de la cuestión porque aparecieron visiones que comenzaron a cuestionar el carácter benéfico de la pobreza, en tanto vehículo religioso para la salvación del alma, es decir, se ponía en duda la funcionalidad de la concepción

---

<sup>89</sup> Maravall, **La literatura picaresca...**, **Ob. Cit.**, p. 494.

<sup>90</sup> Maravall, **La literatura picaresca...**, **Ob. Cit.**, p. 419.

medieval de pobreza. Además, este fenómeno era visto como una elección posible que los hombres podían hacer<sup>91</sup>.

Es decir, se produjo un choque entre dos lecturas sobre ella; por un lado era vista como algo positivo, enraizada en los valores tradicionales y evangélicos, siendo todavía una gracia divina en el único país en donde todavía predominaba esta perspectiva medieval. Por otra parte, algunos eran promotores del desarrollo capitalista a partir de una reforma de la beneficencia, adoptando el Estado un papel moderno para ello. La idea en mente consistía en reducir el número de pobres ociosos para acrecentar la disponibilidad de mano de obra<sup>92</sup>.

A pesar de sendas medidas represivas contra la mendicidad, ésta siguió proliferando y continuó dependiendo, como en el pasado, de la iniciativa individual. Además, si bien se desmiente la decadencia tan mentada en la historiografía tradicional, no obstante, el autor señala que España sufrió procesos de crisis como los demás países europeos, por lo tanto "...la situación creada en la última década del siglo es estructural, es decir, queda instalada."<sup>93</sup> por lo que se entiende el aumento impresionante del pauperismo.

Para paliar dicha situación mentes ávidas lanzaron un proyecto para combatir la pobreza creando casas de menesterosos, obligando a los pobres capaces a trabajar (en fin, racionalizar la limosna), reprimiendo la prostitución femenina y tratando a los niños expósitos. El plan estaba bien encaminado pero un hecho político impidió su realización, la muerte del regente, Felipe II, y la posterior subida al trono de un "tradicionalista", el

---

<sup>91</sup> Bennassar, *La España...*, **Ob. Cit.**, p. 207.

<sup>92</sup> Bennassar, *La España...*, **Ob. Cit.**, p. 206.

<sup>93</sup> Bennassar, *La España...*, **Ob. Cit.**, p. 213.

duque de Lerma, abandonando todo designio progresista y reformador. Entonces, sólo las medidas más represivas del proyecto tuvieron su inicio<sup>94</sup>.

Finalmente, la mentalidad señorial, que abogaba por la conservación del orden social, se impuso tras el debate y el fracaso de la otra alternativa en 1598. Al parecer de Bennassar esta vía triunfante era anacrónica ya que no consideraba la situación crítica española, con el aumento desmedido del número de indigentes, es decir, una caridad basada en patrones medievales se veía ampliamente desbordada, con la pulsión anárquica e individual, para atender un problema que merecía el interés estatal y la posibilidad de construir un sistema más complejo y abarcador. Por ende, es lógico que surgiera toda una "...fauna parasitaria que vivía a expensas de los demás a base de estafas, robos y asesinatos."<sup>95</sup>. Contribuía a esto el clima de inseguridad, dado que, por ejemplo, en Valencia la delincuencia urbana, muy fuerte, estaba acompañada por un bandolerismo rural exacerbado. Por otra parte, a la luz del predominio de la mentalidad medieval antedicho, no resultaba anormal que hubiera un prejuicio aristocrático contra el trabajo, lo que recrudecía la situación comentada.

La tesis explicativa de Bennassar descansa bastante en el valor del trabajo y la pobreza y del consecuente fallido en construir un sistema moderno para tratarlos, lo que dio fermento para la proliferación de pobres, y entre ellos los pícaros. El enfoque de este autor parte del análisis de las mentalidades, mientras que la explicación de Maravall se centra en condicionantes mas bien sociológicos. Ahora bien, en **La literatura picaresca desde la historia social** se entiende que la conducta del pícaro es deliberada y consciente aunque no tiene intención de exteriorizarla, mientras que la lectura de Bennassar no repara en este punto, lo que otorga razones para creer que el fallido en la creación de un

---

<sup>94</sup> Bennassar, **La España...**, **Ob. Cit.**, p. 215.

<sup>95</sup> Bennassar, **La España...**, **Ob. Cit.**, p. 221.

sistema de beneficencia moderno operó como causa directa de los comportamientos picarescos. Es decir, no pudo haber una intencionalidad premeditada. Para esto, se debe dar por supuesto desde el comienzo el hecho que intención y manifestación son dos elementos diferentes.

## **VI - Conclusiones**

Para cerrar el balance de la cuestión tratada en la sección anterior, a mi entender la óptica en **La España del Siglo de Oro** apunta a visualizar un proceso en cierta medida catastrófico que escapó al entendimiento de los actores, por lo que es lógico pensar que no pudo haber una intención manifiesta en la conducta de los pícaros, el sistema los condujo a manifestarse de esa forma, en otras palabras, no hubo un desvío prediseñado, como diría Maravall. Las variables en juego tomadas por este autor difieren respecto a las elegidas por Bennassar, en suma.

Si bien ambos autores coinciden en que el pícaro resulta de la no aceptación de los sistemas del “amparo de pobres” y del “régimen de asalariado”<sup>96</sup> en primera instancia, la forma en que se llegó a eso difiere en cada una de las interpretaciones como se explicó antes, aunque ambos historiadores entienden que el pícaro era un desviado respecto de la sociedad (si bien se dijo que Maravall tiene más en cuenta la carga sociológica de esa caracterización).

Adhiero a la posición de este último autor respecto a la intención manifiesta del pícaro, su anomia es tan manifiesta como formula este historiador, de ser lo contrario la literatura picaresca no tendría una motivación intrínseca, es decir, la actitud deliberada de este actor es la que imprime la forma al relato novelesco, y el caso de Pablos ejemplifica lo dicho. Además, coincido con Maravall en el hecho de apreciar que podía existir cierta conciencia agresiva de parte del pícaro hacia la sociedad, aunque éste se ocultase. De

---

<sup>96</sup> Maravall, **La literatura picaresca...**, **Ob. Cit.**, p. 191.



todas formas, si esta conciencia ha de existir, sin duda se ve por lejos mejor reflejada en la literatura. En este sentido, el concepto de *marginal* esbozado por Guglielmi, a mi juicio, se aplica al individuo en cuestión sin mayores complicaciones, voluntariamente al margen de la sociedad. Por otra parte, abono la idea de que el concepto de la historiadora citada en este párrafo sobre el *marginado* podría adaptarse mejor al pícaro dentro de la interpretación de Bennassar.

Reforzando la exposición de un punto, se dijo que para Maravall existía una anomia deliberada en el pícaro, no así resulta tan claro que haya existido una intención deliberada en tanto expresión de dicho estado. En este orden de ideas, la literatura se encargó de aquello, y para ese cometido sirvieron los ejemplos literarios expuestos en esta ponencia. Con esto se alude a lo dicho en la introducción, desde la perspectiva del sujeto, esta crítica pareciera ser consciente, pero cuando fue interpretada de tal forma dentro del tratamiento que recibió en el género literario picaresco, y no con otra clase de fuentes. Es decir, nuevamente se presenta el problema de las fuentes para abordar el tema.

En efecto, se pueden brindar más ejemplos, siempre versados en materia literaria. En primer lugar, considerando a Cervantes, es correcto afirmar que la picaresca en su obra no es presentada sólo como consecuencia de la fortuna adversa sino también como una decisión que hoy se denominaría “vocacional”, explica Guillermo Díaz Plaja en **Los paraísos perdidos....** Asimismo, este autor agrega que si bien el *Lazarillo de Tormes* extrema el primer causal, es decir, la picaresca causada por la necesidad, no obstante, se está en condiciones de sostener que “el pícaro lo es previamente y por decisión personal”<sup>97</sup>. Con lo expuesto se estaría reforzando un tópico ya comentado, la búsqueda de libertad por parte del pícaro (ver apartado III).

---

<sup>97</sup> Díaz Plaja, G., **Los paraísos perdidos. La actitud “hippy” en la historia**, Real Academia Española, Editorial Seix Barral S.A., Barcelona, 1970, p. 135.

En cuanto al origen del pícaro, sería conveniente combinar las dos explicaciones proveídas por Maravall y Bennassar y no centrarse tanto en los condicionantes sociológicos en los que hace hincapié el primero porque podrían desplazar la atención de los importantes factores circunstanciales que plantea el segundo, y a la inversa. Personalmente, en concordancia con Castro, no sería un error sostener que el pícaro puede ser visto como un “resentido” social, a la luz de la tesis que plantea su exclusión de los privilegios en una sociedad todavía estamental; aunque se aclaró que esta hipótesis no se encontraría muy difundida.

Considerando todo lo expuesto en los párrafos anteriores y en el apartado precedente, sobre todo, debo admitir que estoy en deuda con Maravall y Bennassar. Esto no obedece a una mera casualidad, puesto que, desde una perspectiva historiográfica, indudablemente ellos son los que más han aportado al estudio del fenómeno picaresco y por tal motivo no es de extrañar que el concepto de anomia, el eje de este trabajo de investigación, haya partido de las inteligentes apreciaciones del primero en su obra comentada en esta monografía, **La literatura picaresca desde la historia social**. Por otra parte, refuerza lo antedicho el hecho de que el eje de la segunda tesis se haya suscitado a partir del cruce de este autor con Bennassar.

En otro orden de ideas, para mi sorpresa, constaté en la bibliografía que fue sin más ni menos Maravall quien proveyó el marco para dar un aditamento historiográfico desde una nueva perspectiva a los estudios literarios (desde la historia social) ya que este erudito los entiende insertos dentro del “tejido mental” de la época<sup>98</sup>. De esta forma, se puede decir que resolvió satisfactoriamente aquel problema metodológico de las fuentes comentado más arriba; en suma, introdujo otro aporte valioso.

---

<sup>98</sup> Sánchez/Spadaccini, *Maravall y el estudio...*, en **Ob. Cit.**, p. 334.

Hay algunos puntos de las cuestiones tratadas en esta monografía que llamaron poderosamente mi atención y a los cuales les dedicaré algunos párrafos más a ampliarlos. Todos ellos se ligan con el proceso de modernidad. Partiendo de algunos atributos del pícaro como sujeto pretendo enmarcar la lógica de su accionar en consonancia con los cambios más profundos en el ámbito europeo y en la formación de un moderno sistema capitalista consolidado, como adelanté en la introducción.

El aspecto que más capta la atención del observador es la laización y la individualización de este personaje, es decir, el orgullo por el mérito propio al hablar de las obras conseguidas por uno mismo como individuo y el autodomínio, asunto expuesto en otra sección. Por otra parte, ligado a lo anterior, se observa que detrás del accionar picaresco existe todo un proceso de autonomía que se pretendía afirmar<sup>99</sup>. Dicho anhelo de autonomía se expresaba en la protesta individual del pícaro ante todo intento de ser amoldado en la sociedad tradicional estática, como ya se dijo.

Ahora bien, el pícaro con su individualización planteaba una profunda crítica al interior del orden medieval. Es decir, la aparición del individuo como novedad social rompió con los rígidos lazos sociales de la sociedad feudal. Por otra parte, al operar en la realidad este sujeto comenzó a definirla como operativa, es decir, una realidad que puede ser transformada por el hombre mismo<sup>100</sup> y allí se descubrió la posibilidad de transformar el orden social, con la posibilidad del ascenso económico que implicaba también el social, y algunas experiencias que se desprenden de ello: el descubrimiento del atesoramiento, de los mecanismos que rigen la economía de mercado y el de la moneda y sus usos, y, fundamental, la urbanidad, ya que el burgués, como el pícaro, encontraba en la ciudad el ámbito propicio para operar.

---

<sup>99</sup> Maravall, *La literatura picaresca...*, **Ob. Cit.**, p. 326.

<sup>100</sup> Romero, J. L., *Estudio de la mentalidad burguesa*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1987, p. 72.

Toda esta caracterización podría ser inscripta dentro de los lineamientos básicos de la “mentalidad burguesa”, concepto trabajado por José Luis Romero en su **Estudio de la mentalidad burguesa**. De todas formas, es necesario aclarar que si bien el pícaro está lejos de ser un burgués, no obstante, comparte esos atributos básicos suyos delineados arriba, de conformidad con los cambios más profundos que provocó la modernidad en el tradicional orden cristiano - feudal y que ambos personajes contribuyeron a resquebrajar de alguna forma.

La concepción burguesa invierte los términos, primero el individuo y luego la sociedad, construida por una suma de los primeros<sup>101</sup>, en contraste con la sociedad medieval donde importaba más la sociedad que el hombre. Entonces, el pícaro contribuyó a trastocar los términos, la atención se centró de ahora en más sobre el individuo, aunque este ideal se desarrollaría con más fuerza posteriormente, por lo que el pícaro vendría a representar un primer atisbo de este hecho. Para Maravall este sujeto viene a representar el primer indicio de conciencia de la alienación en el precapitalismo junto a otros grupos expoliados por una minoría privilegiada<sup>102</sup>.

Cuando sostuve que el pícaro no es un burgués, el análisis no queda detenido allí. Cavillac repara sobre el hecho de que en España se buscaba “...romper con una dinámica improductiva para volver a sentar bases específicamente burguesas.”<sup>103</sup>. Eso implicaba restablecer al negociante en su dignidad natural y acabar con la nobleza ociosa, es decir, el comercio era visto como una fuente de perfección. En algún sentido este planteo tiene relación con el choque de “mentalidades” que relató Bennassar. Entonces, a lo que apunta

---

<sup>101</sup> Romero, **Estudio...**, **Ob. Cit.**, p. 89.

<sup>102</sup> Maravall, **La literatura picaresca...**, **Ob. Cit.**, p. 324.

<sup>103</sup> Cavillac, **Pícaros y mercaderes...**, **Ob. Cit.**, p. 381.

el análisis de Cavillac es a presentar una novedad, la misma consiste en que es la primera vez en la bibliografía que se lo denomina al pícaro bajo la figura de “burgués desclasado” constatado tal apelativo en su condición plebeya deshonrosa y el rechazo de cualquier vínculo de dependencia<sup>104</sup>.

Hay un último aspecto crítico del pícaro que no ha sido suficientemente abordado en lo anterior de la exposición. El mismo refiere a su relación con el Estado (y fue tratado muy brevemente cuando expuse la *germanía*). El ataque de este individuo al último puede ser visto como la búsqueda de un espacio autónomo frente al estricto dirigismo del complejo monárquico – señorial y en algún sentido con cierto afán reformista, en vista de la literatura picaresca. En definitiva, se buscaba el progreso fuera del rígido orden tradicional y, entonces, la crítica al Estado aparecía inmersa en esta atmósfera mostrando las profundas grietas que éste tenía<sup>105</sup>.

En conclusión, aunque exceda los límites estrictos de esta ponencia, y, por otro lado, adelantando líneas sobre una posible continuación de este trabajo, el análisis del pícaro testimonia la difícil construcción de un moderno orden burgués en la España del Siglo de Oro, muy retrasada en el camino de la industrialización, si se la compara con la Inglaterra precapitalista o Francia. Cavillac tiene el mérito en su obra **Pícaros y mercaderes en el Guzmán de Alfarache** de abrir un interrogante en lo que refiere a concebir al pícaro como el ideal contrario al *homo oeconomicus* moderno al que la sociedad precapitalista ofrecía su espacio para forjarse libremente<sup>106</sup>. Entonces, la crítica de la época también Cavillac la reitera en *El Patio de Monipodio...* y refiere a una

---

<sup>104</sup> Cavillac, **Pícaros y mercaderes...**, **Ob. Cit.**, p. 50.

<sup>105</sup> Sánchez/Spadaccini, *Maravall y el estudio...*, en **Ob. Cit.**, p. 329.

<sup>106</sup> Cavillac, **Pícaros y mercaderes...**, **Ob. Cit.**, p. 51.

conciencia crítica dirigida a un sistema improductivo y un capitalismo estéril que parecieran coronar la explicación de los males de toda una época de la historia española.

### ***Bibliografía consultada***

- Bennassar, B., **La España del Siglo de Oro**, Crítica, Barcelona, 1983, Cap. IX, pp. 203-226.
- -----, **Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI**, Fundación Municipal de Cultura: Ayuntamiento de Valladolid, 1983, pp. 502-508.
- Cavillac, M., *El Patio de Monipodio. La Sevilla marginal*, en **Sevilla. Siglo XVI. El corazón de las riquezas del mundo**, por Carlos Martínez Shaw (Ed.), Alianza Editorial, Madrid, 1993, pp. 139-156.
- -----, **Pícaros y mercaderes en el *Guzmán de Alfarache*. Reformismo burgués y mentalidad aristocrática en la España del Siglo de Oro**, Universidad de Granada, 1984, pp. 26-52; 377-387.
- Díaz Plaja, G., **Los paraísos perdidos. La actitud “hippy” en la historia**, Real Academia Española, Editorial Seix Barral S.A., Barcelona, 1970, pp. 135-141.
- Domínguez Ortiz, A., *Picaresca y marginación social en la obra de Maravall*, en **Cuadernos Hispanoamericanos**, Salamanca, Marzo - Abril 1990, Nros. 477-478 (Homenaje a José Antonio Maravall), pp. 311-322.

- Fernández Álvarez, M., *Maravall, historiador de Carlos V y la picaresca*, en **Cuadernos Hispanoamericanos**, Salamanca, Marzo - Abril 1990, Nros. 477-478 (Homenaje a José Antonio Maravall), pp. 275-278.
- Guglielmi, N., *La apariencia de los "otros"*, en **Temas Medievales**, Departamento de Investigaciones Medievales, Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Sociales, CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), Buenos Aires, 2002-2003, N° 11, pp. 21-22.
- Hernández Alonso, C. y Sanz Alonso, B., **Germanía y sociedad en los siglos de oro. La cárcel de Sevilla**, Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, Universidad de Valladolid, Serie: Lingüística y Filología, 1999, N° 38, Primera parte, Caps. 1, 2, 3, 4, 6 y 11, pp. 39-74; 139-149; 205-221.
- Maravall, J. A., **La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)**, Taurus Ediciones, Madrid, 1986.
- Parker, A. A., **Los pícaros en la literatura. La novela picaresca en España y Europa (1599-1753)**, Editorial Gredos S.A., Biblioteca Románica Hispánica, II: Estudios y Ensayos, Madrid, 1971, N° 164, Prólogo, Caps. 1 y 3, pp. 7-31; 33-66; 99-123.
- Pike, R., **Aristócratas y comerciantes: La sociedad sevillana en el siglo XVI**, Editorial Ariel, Barcelona, 1978, pp. 200-228.
- Romero, J. L., **Estudio de la mentalidad burguesa**, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1987.



- Sánchez, F. J. y Spadaccini, N., *Maravall y el estudio de la picaresca*, en **Cuadernos Hispanoamericanos**, Salamanca, Marzo - Abril 1990, Nros. 477-478 (Homenaje a José Antonio Maravall), pp. 323-334.

### ***Fuentes consultadas***

- Comunidad de Madrid – Consejería de Educación y Cultura – Secretaría Gral. Técnica, **Avisos del Madrid de los Austrias y otras noticias** (Jerónimo de Barrionuevo de Peralta), Clásicos Madrileños, Edición de José M<sup>a</sup> Díez Borque, Editorial Castalia, Madrid, 1996, N<sup>o</sup> 11, pp. 11-34; 213-228; 243-245.
- de Colmenares, D., **Historia de la insigne ciudad de Segovia y compendio de las historias de Castilla** (Nueva Edición anotada), Academia de Historia y Arte de San Quirce, Segovia, 1970, Tomo 2, Cap. XLI (Años 1556-1557), pp. 245-255.
- de León Pinelo, A., **Anales de Madrid (desde el año 447 al de 1658)**, Instituto de Estudios Madrileños (C.S.I.C.), Biblioteca de Estudios Madrileños XI, Madrid, 1971, pp. 66-67.
- Gascón de Torquemada, J., **Gaceta y nuevas de la corte de España desde el año 1600 en adelante**, Real Academia Matritense De Heráldica y Genealogía, Madrid, 1991 (selección de fuentes).

- *Relación de la Cárcel de Sevilla (Relación de las cosas de la carzel de Sevilla y su trato)* en Hernández Alonso, C. y Sanz Alonso, B., **Germanía y sociedad en los siglos de oro. La cárcel de Sevilla**, Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, Universidad de Valladolid, Serie: Lingüística y Filología, 1999, Nº 38, Segunda parte, pp. 225-316.
- Rodríguez Vila, A., *La corte y monarquía de España en 1636/37*, en **Curiosidades de la historia de España**, Luis Navarro Editor, Madrid, 1986, Tomo II, Caps. XI y XVIII, pp. 77-80; 130-136.